maría luisa puga

diálogo muy sentimental

"En tanto que los hombres tienen ideas, las mujeres sólo tienen ilusiones".

Nietzche.

Al entrar al restorán nadie se había dado cuenta. Fue sólo al estar sentados que comenzó a ser evidente. Se dejaban contener tristemente por sus cuerpos, con un cierto derrumbe interior, sonriendo aturdidos ante el aspecto exageradamente pintoresco del decorado. Eran seis y se habían sentado meticulosamente lejos de su pareja. Unos días antes habían decidido salir a cenar en grupo y aquí estaban, pero como dispuestos a someterse a un sacrificio, dijo una de las mujeres con imprevisto buen humor. Nadie pareció prestarle atención.

El camarero tomó las órdenes y eso los unió un poco.

La que había hablado antes parecía dispuesta a no tener que decir después que se había aburrido. Sonreía, intentaba hacer conversación. El restorán de todas formas era muy ruidoso; invitaba a una jocosidad intrascendente. Cualquier tristeza o desánimo se veían fácilmente engullidos por ese reducido espacio mucho más repleto de lo posible y más oscuro de lo que hubiera sido agradable.

Velas. Luces escondidas en sutiles nichos, medios muros que dejaban de perfil a los otros comensales. Y por último, la música, constante, profesionalmente alegre. Muy sonora.

Todo lo cual, en otras circunstancias hubiera podido hacer una noche agradable, pero en un sitio así basta un descuido para dar paso a la nostalgia, a la terca sensación de aislamiento, a la profunda, apabullante y exigente autocompasión.

La que había sonreído y que todavía seguía sonriendo, aceptaba el papel de alma de la fiesta. Los demás la miraban corteses. Era obvio que su pareja era el hombre sentado frente a ella. Era obvio, por la ostentosa manera en que evitaba mirarlo, por la exagerada atención con que escuchaba las escasas frases de los demás, porque eral el único a quien no dirigía la palabra.

Y cada cual se dejaba sepultar por la música, llenándose de bien justificadas tristezas o de recuerdos que debían considerar muy suyos porque se les veía esbozar gestos sombríos que de inmediato ocultaban. De nada servían las bromas, los esfuerzos de la incansable sonriente, cuyo optimismo comenzaba a destilar cierta velada amargura.

Afortunadamente comían. Era a eso a lo que habían venido al fin y al cabo. Y bebían, y en murmullos, comenzaban a hablar con su vecino, produciendo con eso miradas furtivas de todos los ángulos que obstinadamente aterrizaban en un vaso, en la punta de un cigarrillo.

La sonriente se dirigía a su vecino de la izquierda —que era tal vez el más abiertamente triste, o a lo mejor el que más lo parecía a causa de una enorme barba que lo protegía de quién sabe qué tormentos dolorosos y profundas incomprensiones. Eran los ojos lo único que se percibía con claridad y estaban empañados de pesar:

— Es grotesco —murmuraba rabiosa la sonriente—. Que uno esté deprimido, pero todos, es grotesco.

El hombre la miró con una dulzura soporífera.

— ¿Qué dices?

— Hablo de lo que está pasando ¿no ves? Si vamos a estar así mejor vámonos, es grotesco.

— Estamos comiendo, a eso vinimos.

— No te hagas. Sabes muy bien que es grotesco. Lo peor es que todos nos sentimos tan justos, tan en lo cierto.

El hombre se alzó de hombros.

— No sé tú. Yo no estoy pensando en nada. Hoy no estoy bien, no tiene nada de trágico.

Los silencios largos y solemnes, casi cómicos entre tanto barullo. Si fuera un juego. Mas la suspicacia en cada uno es cierta.

— Y ¿quién dice que sea trágico? Digo que es grotesco.

— ¿Qué es lo que quieres? ¿Que te ayude a hacer un show de animación? ¿Que nos convirtamos los dos en el alma de la fiesta? Más bien déjanos en paz. Nadie está para juegos esta noche.

— ¿Pero no ves que de pronto nos volvimos enemigos? Cada uno dispuesto a defenderse como un león, a tirar la mordida. Qué me importa si nos divertimos o no, lo que quiero saber, lo que me desespera, es por qué ninguno se rebela. Por qué de pronto somos tan pasivos.

El vino comenzaba a hacer su efecto. Podría decirse que una cierta ferocidad se estaba desatando. Los ojos se buscaban como queriendo anunciarse que estaban listos para el torneo. Reto, malicia, un afán enorme de provocar violencia. Las risas rebotaban de uno a otro como iracundas pedraditas. Había algo de escuela, de estar en pie ante el maestro sabiendo que detrás están los demás atentos. Atentos y sin piedad.

— Y míralos —señaló furiosa la sonriente—: ahora juegan. ¿Y por qué? —siguió en el mismo monólogo opaco y cabizbajo—: yo te voy a decir por qué. Porque se tienen miedo, eso es. Se tienen miedo mientras más se quieren. Es increíble. . . ¿te acuerdas hace unas semanas? Ni siquiera un mes. ¿Te acuerdas? Todo era claro, transparente. Nos reíamos y trabajábamos y el tiempo se nos iba hablando, discutiendo todo, ayudándonos, ganándonos la confianza y cada vez más seguros de que así íbamos bien, de que estábamos preparados para cualquier cosa ¿o no? Por puro accidente nos vimos metidos en esa especie de comuna, en ese apartamento en donde cabíamos todos tan bien y ni se necesitaban puertas. Y nadie quería usar la palabra comuna ¿no? Nos burlábamos y hacíamos chistes todo el tiempo, pero en el fondo estábamos repletos de una buena voluntad enorme. Nadie hizo nada por buscarse otro cuarto. Nos fuimos quedando. . .

El hombre sonreía casi dispuesto a aceptar las lágrimas que le temblaban en los ojos. Ahora sí escuchaba, y compartían ambos tal vez el alivio de poder imaginar lo que estaba ocurriendo con los otros.

— A nadie se le ocurrió mirar a ver por dónde andaba el sentimentalismo engañoso. Eramos inmundamente felices y nos sentíamos seguros, convencidos.

Y del otro lado las cosas no eran simples. Había dos que hablaban y dos que guardaban un lacónico silencio, muy peligroso. A lo mejor estaban escuchando a los que hablaban. Tal vez estuvieran adormeciéndose por los efectos del vino, o, muy

probable, estuvieran tomando decisiones. Todos jugaban, parecía, un papel doble: ignorar y buscar una seña, una pequeña entrada, una oportunidad que deshiciera el apretado nudo de resentimientos.

— Pero —proseguía la sonriente con tono exasperado—, ya hace días que hay silencios; las puertas que se comienzan a cerrar en el momento de oír voces; no hay mucho que decirse. . .

— Sí —repuso el hombre sin escucharla, queriendo no ser distraído ahora. Estaba recordando. Estaba sintiendo un dolorcito que parecía hipnotizarlo en una fascinación atenta. Quería hurgar más y más en la memoria.

Y ella, inflexible, seguía. Insoportable, fríamente meticulosa, impersonal. Señalaba en dónde y cómo se fragmenta la armonía. En qué momento domina el miedo. Por qué la música era tan peligrosa (y habiendo acabado de comer, ahora todos habían movido sus sillas para ver mejor al cantante, aprovechando la oportunidad para separarse un poquito más, acentuar su aislamiento, establecer su despecho).

Y hablando así, puntualizando y sacando a la luz cada vez que podía las oscuras motivaciones del inconsciente, buscando tal vez distraerse de su propia tristeza, la sonriente no dejaba de espiar ese orgullo pequeñito, esa rigidez interna que le impedía extender la mano si antes no veía algún gesto de la otra. La pobre mujer sonriente, que no podía dejar de fabricarse una coraza.

— Pero es que tú no sabes lo que pasó entre nosotros —concedió el hombre vencido, ya no importaba. Aquello era más borrachera que fracaso y sólo quedaba la imperiosa necesidad de un monólogo.

— Lo que pasó. . . a ustedes, a ellos, a nosotros. . . como si eso importara. Te digo que es el miedo. El miedo de saberse fuera de la piel propia y la desconfianza de que el otro no. Miedo a la humillación, también a sufrir, claro, pero es la humillación lo que duele.

— No queríamos comuna —dijo el hombre lastimado por no poder seguir con su confidencia.

— ¿Y eso qué tiene que ver? No era comuna, y sí era. Eramos seis personas que vivían juntas. Qué más da. No, no era eso. ¿Sabes lo que pasa en el fondo? ¿Sabes cómo se llama? (Pero ella no preguntaba. Decía): Se llama crisis de celos.

— ¿De celos? —se sorprendió espesamente el otro.

— De celos, sí. A todos. Es normal.

— De celos —se rió fuertemente el hombre.

Ella lo odió por haber dicho la palabra en voz alta.

— De miedo, como dije antes. Los celos son eso.

El se reía sacudiendo la cabeza pesadamente.

— No, no, no sabes. No entiendes.

Alguien comenzó a bailar abruptamente y los seis dejaron caer su mal rato estupefactos. Quedaron prendidos de los movimientos locos, poco gráciles pero repletos de nostalgia de un griego turista dejado ir en un nacionalismo ebrio.

Se necesitaba un restorán así, mucho vino y a lo mejor una mujer distante y fría que a toda costa evita ser la primera en mojarse.

Sudaba el bailador y sacudía inútilmente, sin esperanza alguna un gran pañuelo blanco en esa danza improvisada.

Alguien se rió y unánimes los seis, se sintieron ofendidos y solidarios defensores del desconocido. La música por fin dejó de acelerar el ritmo y el hombre resoplando, vacío de energías, pareció desinflarse y cubrirse de estupor. Los aplausos fueron firmes y prolongados. Con tal hazaña heroica, los seis ahora se sentían dispuestos a aceptar su turno. Pero una de las mujeres se había embriagado alarmantemente y hablaba con un espeso ronquido ininterrumpido y que se iba haciendo más y más vivo. El hombre de la barba fue hacia ella. Segundos después ambos salían con gesto vacilante y muy unido.

Otra de las parejas procedió a unirse en un rincón, prácticamente fuera de la mesa. Miraban sin mirar al músico, a la gente, las manos bien asidas, el gesto intenso.

Sólo quedaban frente a frente, enmedio de un caos de vasos y botellas y platos sucios, la descontenta sonriente y su pareja.

Paralizados. La vista baja. Había sido ella quien dijera unos días antes: ¿te fijas cómo ahora son cuartos? Cómo somos ahora tres parejas. Esto ya no es una casa, es un edificio de apartamentos. Me da miedo.

No lo había dicho lo del miedo. Lo había sentido y era tal vez eso lo que la reducía a un silencio imposible. A él era el orgullo. Quería la lógica y la comprensión piadosa y vasta de sus debilidades.

Callados, tensos. Ella odiaba la música y el sentimentalismo que lo arreglaba todo sin arreglarlo; el tenía sueño, tenía que trabajar mañana, y ambos se lamentaban, se sorprendían de la dureza despiadada del otro. Se iban quedando solos, solos. Allá afuera, no muy lejos, había una casa, una alcoba, un espacio que se reduciría hasta adquirir la forma de una cama. Habría un continuo espiarse con la esperanza impaciente de que cediera el otro, de que diera una seña. Una incansable lucha por la victoria.